

es ésta? ¿Qué doctrina nueva es ésta? Porque manda con poder áun á los espíritus inmundos, y éstos le obedecen (1). Jesucristo pasa su vida lanzando demonios, y da á sus discípulos el mismo poder (2). Es tan cierto que todas estas supersticiones son de la esencia del cristianismo, que los reformadores no se atrevieron á rechazarlas; ¿qué digo? Lutero exige más credulidad que los católicos. Los protestantes se negaron á creer en los santos; pero la razón no salió ganando gran cosa, porque, dice un filósofo alemán, reemplazaron los santos con los demonios (3). ¿Habrá necesidad de hablar de los milagros en que tienen que creer los protestantes, áun los más avanzados, si quieren seguir siendo cristianos? ¿Habrá que hablar de la creencia en el fin del mundo, que tanta influencia ha ejercido sobre el cristianismo primitivo, que ha asustado á la Edad Media y que desde entónces parece haber pasado al campo de la Reforma?

No es, pues, el catolicismo quien ha inventado las supersticiones que con razón se le pueden echar en cara; éstas se remontan hasta el Evangelio, hasta el autor mismo de la religión cristiana. Estas supersticiones justifican el movimiento anticristiano que se produce en la Edad Media; porque para emanciparse de las creencias que deshonran al espíritu humano, era necesario rechazar la religión que las autoriza; justifican la Reforma en cuanto es un paso fuera del cristianismo tradicional. Hé aquí por qué insistimos sobre el catolicismo de la Edad Media. No hay estudio más útil para los progresos de la humanidad; prueba que una religión que se dice revelada está plagada de errores groseros; luego la revelación es una quimera, y la religión sufre la condición de todas las cosas humanas. Si los católicos rechazan la herencia supersticiosa de lo pasado, tienen que renunciar al mismo tiempo á su orgullosa pretensión de inmutabilidad, y admitir el dogma del progreso en el terreno religioso; pero áun en este caso el cristianismo deja de ser una religión revelada y se convierte en una religión progresiva.

(1) SAN MÁRCOS, I, 23-27.—SAN LÚCAS, IV, 33-36.

(2) SAN MÁRCOS, I, 39; III, 15.—SAN MATEO, X, 1.—SAN LÚCAS, IX, 1.

(3) MEINERS, *Vergleichung der Sitten des Mittelalters*, t. III, p. 325.

## § II. — Dios y el Diablo.

### N.º 1. — Dios y los Angeles.

La teología cristiana se funda en la noción de la Trinidad. La Trinidad es un misterio; sin embargo, se ha tratado de explicarlo y se le ha encontrado un sentido filosófico. Hemos dicho en otra parte (1) que lo que domina en la Trinidad cristiana es la divinidad de Cristo; se ha admitido el Verbo, porque el Verbo se hizo carne, ó, para hablar un lenguaje más inteligible, se inventó el misterio de la Trinidad, á fin de disimular una idea que parece reproducir la idolatría pagana, porque en el estado del mundo en que el cristianismo tenía que llenar su misión, era necesario un Dios que hubiese vivido en medio de los hombres, á semejanza de los dioses del paganismo. Pero la realidad pudo más que el misterio; Jesucristo fué el único Dios de los cristianos; las otras dos personas de la Trinidad no pasaron á la conciencia general.

¿Qué idea se formaba la Edad Media de un Dios-Hombre? El feudalismo era esencialmente guerrero; necesitaba un Dios guerrero: Jesucristo se trasformó en barón, en señor soberano. La gran ocupación de la nobleza feudal son los torneos y la guerra; Jesucristo monta á caballo para combatir al Antecristo. Un monje de la abadía de *San German de los Prados* ha cantado las hazañas de este célebre torneo (2). La Virgen asiste al combate vestida con un ropaje tan resplandeciente como el sol y teniendo á sus pies la luna. El ejército del Antecristo se compone de los dioses del paganismo, Júpiter, Saturno, el esforzado Apolo, Mercurio. El éxito de la lucha no podía ser dudoso; Jesucristo triunfa.

Los hombres trasportan siempre á su concepción de las cosas divinas el ideal de la existencia terrestre. Nada más interesante

(1) *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) HUON DE MERI, el torneo de Cristo (*Historia literaria de la Francia*, t. XVIII, p. 800-805).

por este concepto que el poema de *La Corte del Paraiso*. Dios, dice la *Prova*, queriendo conocer cuáles eran los bienaventurados que más le amaban, resolvió celebrar sesión plena el día de Todos los Santos. Habiendo llamado, pues, á los Apóstoles Simon y Judas, les mandó ir por las cámaras y dormitorios del cielo invitando á los santos y santas á que se presentasen ante Él. Los Apóstoles se ponen en marcha provistos de una *carraca* ó campanilla. Entran primeramente en la morada de los ángeles, después de haberlos reunido por medio de la carraca. Simon les da cuenta de las órdenes de que es portador. Gabriel da gracias en nombre de la clase y dice que los ángeles obedecerán con alegría. De allí pasa Simon á la vivienda de los patriarcas, los cuales reconociéndole desde lejos, dicen: «Creo que aquél es San Simon: veamos qué quiere de nosotros.» Aceptan con mucho gusto su invitación. Los Apóstoles, los mártires y los inocentes, prometen igualmente presentarse en la corte de Jesús. San Simon encuentra la misma buena acogida entre las vírgenes; responden á los deseos de Jesucristo lo mismo que las viudas; todas dicen sin fingimiento, «que tienen afán por asistir á la fiesta.» En suma, no hubo santo ni santa que no se alegrase de la fiesta que les esperaba. Llegado el día, todos se presentan: primeramente los ángeles que cantan el *Te Deum*, después los patriarcas. Dios abraza á Moisés, Abraham y al profeta San Juan; todos entonan una canción popular, cuyo estribillo es: «Yo vivo de amor con buena esperanza.» Los Apóstoles, los mártires y los confesores, al pasar por delante de Jesucristo entonan igualmente cánticos de amor. Las vírgenes y las viudas no son las menos alegres de la reunión; Jesús las acoge perfectamente y las exhorta á tener buen humor y divertirse. Entonces comienza la fiesta. Jesucristo ruega á su Madre que haga los honores. «Con mucho gusto, hijo mío», responde María. Toma á la Magdalena por la mano, y ambas dan vuelta por la sala invitando á bailar á todos sus predilectos. Inmediatamente ángeles, vírgenes, viudas, patriarcas, mártires, inocentes, se confunden y comienza un baile general; los ángeles difunden el vapor del incienso, y los cuatro Evangelistas tocan *la trompeta*. La alegría universal se apodera de Jesús; busca á su Madre y se mezclan con los demás. María y su Hijo bailan cantando: «Abrazaos

con amor, abrazaos.» El poeta afirma que no ha habido nunca una fiesta más hermosa (1).

Tal era la concepción popular de Dios en la Edad Media. La noción de la Trinidad estaba completamente oscurecida: el Padre y el Espíritu Santo no figuran en la *Corte Celestial*. La religión consistía en un politeísmo revestido con formas cristianas. Los ángeles, la Virgen y los santos reemplazaron á las divinidades paganas. Jesucristo desempeñaba el papel de Dios supremo; se veneraba su majestad, pero apenas se dirigían á él. Esto no era una superstición popular, sino una concepción teológica, fundada en las Sagradas Escrituras. Jesucristo dice que si él lo rogase á su Padre, inmediatamente le enviaria más de doce legiones de ángeles (2). Estos millares de ángeles debían tener alguna misión: la teología lo inventó, sin considerar que de este modo restablecía el paganismo.

Alejandro de Hales pregunta para qué ha creado Dios tantos ángeles, y se responde: «Por una razón de conveniencias. Dios hubiera podido pasar con un pequeño número de ministros, pero era conveniente que tuviese muchos. ¿No están los reyes de la tierra rodeados de una multitud de oficiales? Pues con mayor razón el Rey de los cielos debe tenerlos en gran número, puesto que gobierna el universo» (3). Hé aquí los dioses inferiores del paganismo: ellos son los que rigen el mundo, dice Hugo de San Víctor (4). Sin embargo, nuestros teólogos se hacen una objeción bastante grave: ¿no podría Dios gobernar directamente? ¿Para qué necesita intermediarios? La respuesta que da á esta pregunta uno de los grandes doctores de la Edad Media, prueba cuán po-

(1) BARBAZAN, *Fabliaux*, t. III, p. 125-148. — *Historia literaria de la Francia*, t. XVIII, p. 792-800. — LEGRAND D'AUSSY, *Fabliaux y Cuentos*, t. V, páginas 66-78.

(2) SAN MATEO, XXVI, 53.

(3) AL DE HALES, *Summa theologica*, *Quest. XX, membr. 6, art. 3* (t. II, p. 77). ALAIN DE LILLE responde con la misma claridad: «*Non enim tantis administrationibus unus posset sufficere, et tantum auctorem opportunum erat copiam ministrorum habere.*» (*De Arte Catholica*, II, 7, en PEZ, *Thesaurus*, t. I, 2. página 488.)

(4) HUGO DE SANCTO VICTORE, lib. I, P. V, c. 34. — C. SANCT. THOMAS., *Summa theol.*, P. I. *Quest.* 110, art. 1.

liteístas eran las opiniones, á pesar de la aparente metafísica de las ideas. «Dios, dice *San Buenaventura*, está siempre presente, pero los hombres no le ven á causa de la ceguera de su inteligencia: relegados en el destierro de esta tierra, lejos de la faz de Dios, no pueden acercarse á él. Los ángeles, por la claridad de su luz, la perfección de su beatitud, ven á Dios frente á frente; están siempre en su presencia, como los ministros en los gabinetes de los reyes; piden por los hombres y transmiten á éstos las órdenes de Dios. ¿Se objetará que es inútil el ministerio de los ángeles, porque Dios puede hacerlo todo por sí mismo? También los príncipes podrían hacer muchas cosas por sí mismos, y sin embargo las hacen por medio de un comisionado ó servidor. Dios obra de la misma manera á fin de conservar en las funciones un orden conveniente (1). Sigamos por un momento á los ángeles en el gobierno de la tierra y de las cosas humanas; á cada paso encontraremos supersticiones paganas bajo nombres cristianos.

También los paganos adoraban á un Dios superior, pero creían que Dios había encomendado el gobierno de cada nación á una divinidad inferior que estuviese en armonía con el genio particular de las diversas razas. Uno de los teólogos más acreditados de la Edad Media, *Guillermo de Auvernia* (2), dice otro tanto del ministerio de los ángeles: «Debe creerse *sin duda alguna* y sin vacilación, según el testimonio de los profetas y de los santos, que cada nación tiene su ángel que la gobierna. Los judíos tenían por protector al arcángel Miguel; desde que crucificaron al Hijo de Dios, el Arcángel ha pasado á ser el Príncipe de los cristianos» (3). Pero «¿cómo ha de gobernar un ángel solo un reino tan grande como el imperio de los Persas? pregunta el *Obispo de París*. ¿Puede hallarse en todas partes en el momento en que sea necesaria su presencia?» «Es probable, responde *Guillermo de Auvernia*, que el emperador universal dé á los ángeles á quienes pone al frente de

(1) SANCT. BONAVENTURA, *Sermo de Sanctis* (Op., t. III, p. 285); in *Lib. Sententiar.* (Op., t. IV, P. II, p. 130.)

(2) GUILLERMO DE AUVERNIA ocupa un lugar distinguido entre los escolásticos. DE GERANDO (*Historia de la filosofía*, t. IV, p. 469) dice que en sus opiniones teológicas permaneció siempre fiel á las tradiciones de la Iglesia.

(3) DE UNIVERSO, en sus obras, t. I, p. 1037.

los diversos reinos una multitud de ángeles subordinados, y que por su intermedio se despachen la mayor parte de los asuntos» (1).

Hé aquí las divinidades locales de los paganos; no faltan para completar el paganismo más que los genios individuales, y éstos son los ángeles custodios. *Alberto el Grande* nos dice por qué ha dado Dios un ángel á cada hombre: «A causa de los peligros incesantes que nos rodean en nuestro viaje terrestre, peligros de los cuales no podríamos defendernos sin el auxilio de los ángeles» (2). ¿Cuáles son estos peligros? *Guillermo de Auvernia* nos los explica: «Los ángeles custodios nos defienden contra todo lo que pudiera perjudicarnos; en primer lugar, y ante todo, contra los espíritus malignos; los separan de nosotros, los lanzan, y algunas veces los encadenan, como se demuestra por multitud de milagros. Además nos protegen contra los hombres que nos hacen daño, contra las fieras y contra el furor de los elementos. Por último, los ángeles llevan nuestras oraciones á Dios. ¿Quiere esto decir que se limitan á repetir lo que nosotros decimos? Esto sería ridículo, porque Dios no necesita de ellos para oír nuestras palabras. Los ángeles añaden, pues, algo; nuestras oraciones presentadas por ellos son mejor acogidas, á la manera como los Príncipes acceden más favorablemente una petición cuando se la hace un favorito. Por amor de ellos nos concede Dios lo que deseamos; nos concede en atención á ellos lo que nosotros no merecemos por nosotros mismos (3). No se crea que esta doctrina supersticiosa sea debida á las alucinaciones del sabio obispo de París. *Guillermo de Auvernia* no da un paso, no dice una palabra sin apoyarse en las Sagradas Escrituras y en el testimonio de los profetas, á los cuales, dice, ha revelado Dios la verdad. ¡Hé aquí, pues, el politeísmo cristiano autorizado por la revelación!

A estos ataques se responde que los católicos no adoran más que un solo Dios, al paso que los paganos tributaban á las divinidades inferiores el mismo culto que á su Dios supremo. No tratamos de reproducir las acusaciones de los protestantes y de po-

(1) DE UNIVERSO (Op., t. I, p. 939).

(2) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theologica*, Pars. II, Quæst. 36, membr. 1. (Op., t. XVIII, p. 214.)

(3) DE UNIVERSO (t. I, p. 1006 y sig.).

ner el catolicismo al nivel del paganismo; decimos únicamente que hay en el cristianismo un elemento supersticioso; que este germen se desarrolló bajo la influencia de la ignorancia y de la barbarie, y produjo supersticiones que apenas diferían de las de los paganos. Tal es la creencia en los ángeles. Todo cristiano debe creer en la existencia de esos seres superiores; debe ver en ellos los ministros de Dios; de este modo queda la puerta abierta al error, y esto por las Sagradas Escrituras, por la revelación. Los ministros se transforman fácilmente en señores, y es preferible dirigirse á aquellos de quienes se espera favorable acogida. Cuando los teólogos enseñaban que Dios concedía por intercesión de los ángeles lo que negaba á las oraciones de los hombres, ¿nos extrañará que los hombres se dirigiesen á los ángeles más bien que á Dios? Hasta los santos se dejaron arrastrar por esta concepción idolátrica; se conserva una oración de *San Anselmo*, en la cual el ilustre doctor invoca directamente á la Virgen y á los ángeles, al paso que solamente pide á los santos su apoyo cerca de Dios (1). Si un *San Anselmo* incurria en idolatría, ¿que sería el culto del comun de los fieles?

## N.º 2. — *Satanás y los Demonios.*

### I. — *Satanás príncipe del mundo.*

Pudiera sostenerse que hay progreso aún en la vía tenebrosa de las supersticiones; creemos sinceramente que las fábulas cristianas, en su conjunto, son más espiritualistas y más benéficas que la idolatría pagana. Sin embargo, no nos atreveríamos á afirmar que hay progreso en todo. Sería inferir una injuria al genio poético de la Grecia el comparar con sus risueñas ficciones la sombría demonología del cristianismo; hay que remontar hasta el Oriente para encontrar el tipo de tan fea creación. El espectáculo

(1) S. ANSELMI *Orat.* 36 (*Op.* p. 270). Dirigiéndose á los ángeles, les ruega que le defiendan contra el demonio: «*Sancte Michaël, defende me ab hoste maligno in hora mortis meæ, &c.*» La petición es directa. Al dirigirse á los santos pide solamente su intercesión: «*Pöscite mihi á Deo indulgentiam, &c.*»

del mal ha preocupado siempre á los hombres, pero hay razas que lo aceptan sin tratar de profundizar su causa; tales fueron los Griegos: la fatalidad era para ellos una explicación satisfactoria del problema. No sucede lo mismo en las religiones que quieren penetrar el origen del mal; no pudiendo ponerlo en Dios, y no comprendiendo que su principio está en el hombre, crean un sér al cual imputan todo el mal que sucede en el mundo. De aquí el maniqueísmo; la Iglesia lo reprobó, pero conservó el dogma de los ángeles malos, lo cual era conservar un germen fecundo de espantosos errores.

Todo cristiano debe creer en la realidad de estos seres maléficós, que, después de haber sido el terror de nuestros padres, hoy no asustan más que á los niños ó á los hombres que por su escaso desarrollo intelectual están al nivel de la infancia. «Sería un trabajo inútil, dice *Bossuet*, el querer probar por medio de las Sagradas Escrituras que hay demonios; ésta es una verdad reconocida y consignada en todas las páginas del Nuevo Testamento» (1). Sin embargo, la conciencia moderna rechaza tan horrible creencia: ¿cómo admitir que sea revelada una religión que enseña errores que dentro de poco se resistirán á creer hasta los niños? Se ha tratado de dar una interpretación alegórica á los pasajes de la Sagrada Escritura relativos á los demonios. El autor del *Mundo encantado* (2) sostiene que Jesucristo, al hablar de la acción maléfica de los demonios, se ha acomodado al lenguaje popular, sin hacer de esta influencia un artículo de fe. Publicada á fines del siglo XVII, la obra de *Bekker* tuvo un éxito inmenso: la luz de la civilización empezaba á disipar las tinieblas del reino de Satanás. Sin embargo, los demonios encontraron innumerables defensores, y, preciso es decirlo, la ortodoxia estaba de su parte (3). Había razón para combatir las explicaciones alegóricas que no servían más que para descubrir las dificultades del cristianismo y comprometer la fe. A despecho del buen sentido, la doctrina cristiana debe sostener la creencia en los demonios, ó tiene que abdi-

(1) BOSSUET, Sermon acerca de los demonios (*Obras*, t. V, p. 445).

(2) BALTHASAR BEKKER. La obra apareció en 1690.

(3) MEINERS, *Vergleichung der Sitten*, t. III, p. 451-454.

car su pretension de ser la verdad absoluta: si Satanás es un sér imaginario, Jesucristo no puede ser Hijo de Dios.

Hemos dicho que en la Edad Media el diablo partia con Jesucristo el imperio de las almas; esto es literalmente cierto, y no es una supersticion popular, sino una creencia de que participan los más grandes genios. Satanás, dice *San Gregorio*, fué señor absoluto del mundo hasta la venida de Cristo (1). El fué quien tentó al primer hombre, «y habiendo sido sometido el monarca del mundo por tan soberbio vencedor, todo el mundo quedó sujeto á sus leyes. Abolió el conocimiento de Dios, y se hizo adorar en su lugar en toda la extension de la tierra, segun lo que dice el Profeta: *Los dioses de las naciones son los demonios*. Por esto el Hijo de Dios le llama *el príncipe de este mundo* (2), y el Apóstol, *gobernador de las tinieblas*, y en otro lugar con más energia *el dios de este siglo* (3). Jesucristo no lo despojó de su soberanía, sino que la compartió con él: uno de los más eminentes teólogos del siglo XII nos dirá cómo tuvo lugar tan singular repartición:

«Cuando Jesucristo, dice *Hugo de San Victor* (4), tomó la forma de esclavo para rescatar á los hombres, encontró al diablo hecho señor de las naciones. Por un lado, el mundo correspondia por completo á Dios, porque lo habia creado; por otro lado, pertenecia al diablo, que lo venia poseyendo desde su origen. De aquí un debate entre Dios y el diablo. Dios pide que el diablo le restituya lo que le pertenece; el diablo invoca la prescripcion. A esto objeta Dios que el diablo ha empleado fraude para apoderarse de lo ajeno, y emplea violencia para retenerlo; el diablo replica que Dios le ha dejado obrar, y que no ha reclamado nunca lo que se le ha quitado. Parece que Dios reconoce la fuerza jurídica de estos argumentos: se ve precisado á apelar á su omnipotencia; pero el diablo, como hábil legista, da á entender que Dios daría mal ejemplo usando del derecho del más fuerte. La discusion prosigue por

(1) GREGORIUS MAGNUS, *Moral.*, I, 2, 22: «*Omnes post se gentium nationes trazit.*»

(2) *Salmos*, xcv, 15.

(3) SAN PABLO, *Ephes.*, VI, 12; 2 *Corint.*, IV, 4.—BOSSUET, *Sermon acerca de los demonios* (t. V, p. 450-452).

(4) HUGON, Á SANCTO VICTORE, *Annotat. in Psalmos*, c. 12.

algun tiempo. Conociendo su debilidad el diablo, propone transigir; téngase en consideracion, dice, su antigua dominacion, para dejarle alguna parte, si no á título de derecho, al ménos por tolerancia. Dios consiente, y dice que le concederá una parte tal que bastaría para satisfacer el hambre de un avaro. Hecho este convenio, Dios se reserva las mejores tierras, las praderas, los valles fértiles, poco en cantidad, pero mucho en valor; deja al diablo las montañas, las tierras áridas y desiertas, y le dice: «Para que no te quejes de la violencia del juez ni de la avaricia del donador, *te doy todo lo que ves.*» El diablo, que no ve la parte reservada por Dios, acepta muy contento la suya. Dios se burla de su ceguera.»

Aun cuando el diablo haya sufrido engaño, sigue siendo cierto que le corresponde la mayor parte del mundo. Jesucristo no le ha destronado, le ha dejado la soberanía de la inmensa mayoría de los hombres. En efecto; el diablo es el jefe de los malos: «Es su jefe, dice *Alejandro de Hales*, porque es el primero y el mayor de los malos, y ademas porque por medio de sus sugerencias entra en cierto modo en el cuerpo de los malos como si fueran sus miembros» (1). Así es que *Alberto el Grande* no vacila en dar el nombre de rey á Satanás lo mismo que á Jesucristo: el diablo, dice, es el rey de los soberbios; Cristo es el rey de los humildes (2). De ser así, el diablo impera seguramente más que Jesucristo.

Aun bajo el punto de vista del poder, hay poca diferencia entre Dios y el diablo. La omnipotencia de Dios se manifiesta principalmente por medio de los milagros; como los milagros son privilegio exclusivo del Creador, el diablo no puede hacerlos. Pero todos los teólogos escolásticos enseñan que puede hacer milagros aparentes, y dicen que es imposible á los hombres distinguir en esta materia la apariencia de la realidad. Tal es la doctrina de *Alejandro de Hales* y de *Santo Tomás* (3). *San Buenaventura* explica cómo engañan los demonios nuestros sentidos: «Unas veces nos pre-

(1) «*Quia quodammodo per suggestionem in malos, sicut in sua propria membra fuit.*» (*Summa theologica*, Pars. II, Quæst. 98, membr. 6, art. 1.)

(2) *Sermo de Sac. XXIX.* (*Op.*, t. XII, p. 294.)

(3) ALEX. DE HALES, *Summa theologica*, Pars II, Quæst. 100, membr. 2, art. 1.—SANCT. THOMAS, *Summa Theolog.*, Pars. II, Quæst. 114, art. 4.

sentada como existente lo que no existe; otras nos hacen ver lo que existe bajo otras formas; otras veces nos ocultan lo que existe. La experiencia de todos los días lo prueba, dice el santo doctor, y las Sagradas Escrituras no dejan duda alguna sobre este punto» (1). Alberto el Grande se ocupa con mucha curiosidad de estos prestigios; trata de darse razón del cómo, y entra con este motivo en explicaciones que harían sonreír á los naturalistas modernos; allí se ve cómo, por ejemplo, los cabellos de la mujer, bajo ciertas influencias, se transforman naturalmente en serpientes (2). El poder de Dios se manifiesta también por el bien que derrama sobre la creación y por el mal con que castiga á los malos. Si el diablo no hace el bien, es por lo ménos el autor del mal; es en cierto modo el ministro de las venganzas divinas; como tal, puede todo lo que puede Dios. También el origen de esta doctrina supersticiosa se encuentra en las Sagradas Escrituras. «El libro de Job, dice Guillermo de Auvernia, nos enseña que el diablo tiene el poder de enviarnos enfermedades; ejerce, pues, influencia sobre nuestra naturaleza, y aún sobre la naturaleza exterior, puesto que el fuego del cielo bajó sobre los rebaños de Job y sobre sus esclavos» (3). Veamos los trabajos del diablo: si hemos de creer á los teólogos católicos, influye sobre el destino de los hombres tanto y aún más que Dios.

## II. — Mision del diablo.

Apoyándose en las Escrituras, Santo Tomás enseña que los demonios están en este mundo hasta el juicio final, para probar á los hombres; nos tientan incesantemente, para precipitarnos al mal; puede decirse, pues, que el oficio propio del diablo es tentarnos (4). Pudiera creerse que las tentaciones del diablo, que abundan en las vidas de los santos, son una alegoría de las pasiones humanas; no es así. Los doctores de la Edad Media distinguen entre las tentaciones naturales de la carne y las del demo-

(1) SANCT. BONAVENTURA, in libr. II. Sentent. (Op., t. IV, p. 111.)

(2) ALBERTUS MAGNUS, in libr. Sentent. (Op., t. XV, p. 84-88.)

(3) DE UNIVERSO, p. 1040.

(4) Summa theolog., Pars. I, Quæst. 111, art. 2; Quæst. 64, art. 4.

nio. ¿No sería bastante, dice Santo Tomás, que el hombre tuviera que luchar con la concupiscencia de la naturaleza? ¿Para qué las tentaciones del diablo? El Ángel de la Escuela responde que las tentaciones naturales serían, en efecto, suficientes para probarnos, pero no lo son para la malignidad del diablo (1). Hay, pues, seres maléficos por su esencia, cuya única misión es hacer el mal, ya para probar á los hombres, ya también para castigarlos; en este sentido, dice el famoso autor del Martillo de las Brujas: «Dios se sirve de los demonios, como de los verdugos, para castigar á los culpables con los males correspondientes á sus pecados» (2).

¿Cómo cumplen los demonios su horrorosa misión? Los Evangelios nos lo dicen: están llenos de historias de poseidos, y el exorcismo practicado por Jesucristo ha entrado, como un elemento esencial, en el principal sacramento de la Iglesia, el bautismo, sin el cual no hay salvación. En la Edad Media las posesiones y los exorcismos desempeñaron gran papel. Nadie dudaba de que los demonios entraban en el cuerpo de los hombres, y aún de los animales; el Evangelio lo afirma, dice Guillermo de Auvernia, y el que quiera convencerse puede ver todos los días cómo nuestros exorcistas lanzan los espíritus malignos (3). Los escritores más graves refieren historias de poseidos tan ridículas, que nos da vergüenza transcribirlas; pero ya se sabe que toda esta materia es un tejido continuo de tonterías y de horrores. Escuchemos á Pedro Duranti, el célebre Speculator: «El día de Pascua no se debe comer nada que no haya sido bendecido, porque el enemigo de los hombres trata entónces más que nunca de hacernos caer. He visto en Bolonia una jóven atormentada durante tres años por dos espíritus inmundos, los cuales, interrogados al fin por un hábil exorcista acerca de la manera como habían entrado en el cuerpo de aquella mujer, respondieron que se encontraban en una granada que la misma comió el día de Pascua» (4). Despues de esta pa-

(1) Summa, P. I, Quæst. 114, art. 1.—Tal es también la doctrina de ALEX. DE HALES. (Summa theol., Pars. II, Quæst. 101, membr. 7, art. 4.)

(2) Malleus Maleficarum, Pars. II, Quæst. 1, c. 14.

(3) «Per probationes irrefragabiles, quia experimento visus multorum certissimum.... Frequentissimum et creberrimum, experiri volentibus, hujusmodi spiritus ligari, absterri et diffugari per exorcistas...» (De Universo, p. 1027.)

(4) P. DURANTI, Rationale divinorum officiorum, lib. VI, c. 86, núm. 8.

traña, permítasenos una pregunta: ¿cómo es que los *espíritus inmundos* han perdido la afición á las granadas en el siglo XIX? Será que todo cambia, hasta el diablo.

Los teólogos escolásticos, con su curiosidad por profundizar los misterios del cristianismo, no han dejado de escudriñar el misterio diabólico de la posesión: «Segun la opinion comun, dice *Guillermo de Auvernia*, los espíritus malignos entran en los hombres y salen de ellos; hay, sin embargo, doctores que piensan que los demonios no entran en nuestros cuerpos, sino que únicamente los tienen sitiados.» Examinando las condiciones de este asedio, el sabio obispo encuentra grandes dificultades. ¿A qué distancia pueden los demonios sitiar á los hombres? «La filosofía, responde el obispo, no ha resuelto aún este problema, porque no conoce bastante la naturaleza y la malicia de los demonios: Aristóteles lleva su error hasta negar su existencia» (1). *Alberto el Grande* no participa de las incertidumbres de *Guillermo de Auvernia*; no vacila en decir que los demonios entran en los cuerpos de los hombres; se funda en los numerosos pasajes del Evangelio, en que se dice que Jesucristo arroja los demonios del cuerpo de los poseídos, lo cual prueba que los demonios están allí sustancialmente (2). ¡Hé aquí la más horrible y la más absurda de las supersticiones puesta bajo la autoridad de la revelación! No falta más que hacer intervenir á Dios en el oficio del diablo. Este punto no podia ofrecer duda, porque, una vez admitida la posesión, era necesaria atribuirle á Dios: *San Buenaventura* dice que Dios permite á los demonios que entren en los cuerpos de los hombres para su mayor gloria! (3).

Sin embargo, á pesar de la frecuencia de los exorcismos, las posesiones no eran más que un hecho excepcional, al paso que la acción de los demonios era diaria. Podria escribirse una historia de los hechos del diablo en la Edad Media; sería tan voluminosa como la vida de los santos. Por mejor decir, la existencia de los

(1) GUILIELMI ARVERNI, *de Universo*, p. 1042, 883.

(2) ALBERTUS MAGNUS, *Summa theologiae*, Pars. II, Quæst. 29 (Op., t. II, p. 174).

(3) «*Ad gloriae suae extensionem.*» (BONAVENTURA, in *Libr. II, Sentent. Op.*, t. IV, P. 2.<sup>a</sup>, p. 109.)

santos, así como la de todo fiel, no era otra cosa que una lucha permanente con el diablo. Las astucias y los artificios de los demonios formaban el objeto de un estudio serio; era la gran ocupación de los que huían del mundo para trabajar en su salvación. Se conserva una obra sobre la demonología, escrita por un monje del siglo XIII (1). El objeto que el autor se propone es facilitar á los hombres la obra de su salvación: «Es una cosa que affige, dice, el no conocer nada ó casi nada de las prácticas de nuestros enemigos invisibles. Quiero, pues, publicar las revelaciones de un santo abad, que ha pasado su vida observando á los demonios, que los ha visto y oído, que conocia todas sus maquinaciones.» Perdónenos el abad *Richalme de Schoental*, si, al referir lo que él llama sus revelaciones, nos sonreímos tal vez involuntariamente: no es suya la culpa, puesto que él no es más que el órgano de los sentimientos generales de su tiempo.

«Se cree generalmente, dice, que cada hombre no tiene más que un demonio para atormentarle, así como no hay más que un ángel custodio para protegerle. Error profundo. Imaginaos que estais sumergidos en las aguas que os cubren por completo; teneis agua encima, debajo, á derecha é izquierda: ésta es la imagen de los espíritus malignos que nos rodean por todas partes y nos asedian. Son innumerables como los átomos que se ven en un rayo de sol, y aún más; el aire no es otra cosa que una nube de demonios» (2). Estos millares de demonios suponen una intervención activa, incesante, de los espíritus malignos en la existencia humana; en efecto, si hemos de creer á nuestro abad, todo en la vida es obra del diablo: «El hombre no piensa, no habla, no hace nada sin que los demonios lo tienten. Se unen á nosotros hasta el punto de que casi se identifican con nosotros; su cuerpo se extiende sobre el nuestro, se infiltra en el nuestro, y no forma más que un todo con él; he aquí por qué hablan por nuestra boca y obran por medio de nuestros miembros» (3). No debe, pues, admirar que

(1) BEATI RICHALMI, *Speciosa Vailis in Franconia abbatis, Uber revelatorum de insidiis et versutiis demonum adversus homines.* (PEZ, *Thesaurus Anecdotorum*, t. I, P. 2.<sup>a</sup>, p. 375 y sig.)

(2) «*Totus aër non est nissi spissitudo eorum.*» (PEZ, t. 2, p. 410. C. p. 385, 396.)

(3) PEZ, *Thes.*, t. I, 2, p. 398, 428.

los actos más sencillos de nuestra existencia física sean producto de la acción del demonio. Así es que la tos no es más que la voz de un diablo que llama á otro. *Richalme* mismo queda maravillado de su descubrimiento: « ¡quién lo hubiera creído! », dice. Casi teme pasar por brujo (1). Después de tan sorprendente revelación, ya no hay nada que deba sorprendernos. El mal, hasta en sus menores manifestaciones, es debido al diablo: « Las picaduras de las pulgas y de los piojos provienen de los demonios. Si alguno me lo hubiese dicho, añade el abad de *Schoental*, lo hubiera tenido por loco; pero lo sé de ciencia cierta por haberlo experimentado detenidamente » (2).

Todos los hombres sufren tentaciones del demonio, pero hay seres privilegiados, cuya vida entera no es más que una lucha continua con el espíritu del mal. Por poca malicia que se suponga al diablo, se comprenderá fácilmente que dirige con preferencia sus tentaciones á los santos y á todos los que tratan de practicar la perfección espiritual. Nada más curioso que sus artificios. Por la noche prepara el trabajo del día, porque el diablo no duerme, é impide á los monjes que duerman, á fin de que tengan que hacerlo de día. Cuando la campana llama á los monjes al coro, los demonios entran con ellos. Un ejército de espíritus malignos se lanzan con irresistible ímpetu sobre los ojos del abad para cerrarles los párpados; otros producen tinieblas ficticias que favorecen el sueño: ¿cómo no ha de sucumbir? Y cuando el abad duerme, ¿quién se atreverá á reprender á los monjes si imitan su ejemplo? Llega la hora de la misa; los más malignos de los espíritus maliciosos se reservan para esta solemnidad. Cuando llega el momento los demonios se reúnen, los más celosos van á reprender á los perezosos: « ¿Qué haceis aquí ociosos y desocupados? ¿Por qué no vais á misa? Daos prisa, id. » Su ataque es entonces tan impetuoso que no hay medio de defenderse; los más fervientes pierden la tranquilidad de espíritu necesaria para el santo sacrificio » (3).

Las lecturas piadosas é instructivas desagradan á los demonios

(1) PEZ, *Thesaur.*, t. I, 2, p. 415.

(2) *IBID.*, p. 417.

(3) *IBID.*, p. 378, 380.

tanto como las oraciones y las solemnidades de la religión. Recurren á mil astucias para turbar á los monjes. Un medio que casi siempre les da buen resultado, es el de hacer dormir á los religiosos que tratan de leer. El abad que nos sirve de guía en nuestros estudios demonológicos, conociendo las prácticas del enemigo, tenía cuidado de conservar su mano descubierta, para que el frío lo mantuviera despierto; pero los demonios no se dejan vencer fácilmente; le atormentaban picando en su piel como pulgas, hasta que el abad volvía á guardar su mano debajo de los hábitos; entonces el calor le vencía y dejaba el libro para entregarse á la dulzura del sueño (1). El trabajo corporal tampoco es agradable al diablo; una completa ociosidad es lo que más le conviene. Cuando los monjes trabajan, los demonios ponen obstáculos á su respiración, ó se arrojan á los brazos y á las piernas de los trabajadores para obligarles á descansar, ó excitan su descontento y les hacen disgustarse de sus ocupaciones. El abad y sus monjes estaban un día en el jardín ocupados en llevar piedras para construir un muro; oyeron un demonio, espíritu de ingenio, que recitó este verso de Horacio:

*« Sumite materiam, et versate diu, quid ferre recusent,  
Quid valeant humeri. »*

El malicioso demonio añadió: « El que ha dicho esto no era ningún tonto; debiais llevar vida dulce como Horacio; es imposible que podais resistir por mucho tiempo los penosos trabajos que se os imponen » (2). El abad de *Schoental* no dice si los religiosos prestaban atención á estas insinuaciones, pero es probable que sí.

No hemos dicho nada todavía de la distracción más importante de los frailes, ó sean sus comidas. A veces los demonios tratan de quitarles el apetito, á fin de debilitarlos por medio de la abstinencia: cuando se acerca la hora de comer ocasionan náuseas á los pobres frailes, ó les hinchan el vientre. Afortunadamente el abad ha encontrado un remedio para este mal, y es rociarse con agua

(1) PEZ, *Thesaur.*, t. I, 2, p. 389-391.

(2) *IBID.*, p. 408, 464.



benedita. Con más frecuencia los demonios excitan la glotonería de los religiosos; los días de gran fiesta, dice el abad, cuando se sirve buen vino, los espíritus malignos acuden y los embriagan. No faltará algún incrédulo que diga que el diablo se tomaba un trabajo inútil; pero lo que prueba la intervencion del diablo es que á veces no dejaba beber á los religiosos. Nuestro abad se queja de que le daban empellones cuando habia bebido vino. Se creerá tal vez que el diablo trabajaba por santificar el abad, quitándole la afición á tan peligrosa bebida. Nada de eso. *Richalme* dice que el vino era necesario para su salud (1).

Algun escéptico de estos que todavía se encuentran, preguntará tal vez de donde ha sacado el abad de *Schoental* su maravillosa ciencia. Es una ciencia de observación; el fraile alemán habla continuamente con los demonios, oye todo lo que dicen, todo lo que maquinan; *Richalme* no se da explicación clara de cómo unos puros espíritus pueden emitir sonidos corporales, pero está seguro de que los oye, y refiere sus conversaciones; no nos atrevemos á transcribirlas por temor de que se crea que el diablo es tonto. Si se quiere saber por qué no todo el mundo oye el lenguaje de los demonios, la respuesta es muy sencilla: es una gracia de Dios. El abad de *Schoental* tenía gran temor de que este dón divino le hiciese pecar de soberbia; cuidó de recomendar al religioso á quien dictaba sus revelaciones que no las publicase hasta despues de su muerte (2).

Al leer este increíble cúmulo de tonterías, nos ha ocurrido una duda: ¿no habrá engañado á sus lectores el santo abad? Lo cierto es que describe admirablemente las pasiones, los vicios y las costumbres de los frailes, bajo el nombre de inspiraciones ó de ataques del demonio. Los religiosos no prestan atención á la misa: obra del diablo. El abad se duerme en el coro: esto es obra de una legion de espíritus malignos que le cierran los ojos. El abad prefiere dormir á leer en su breviario: Satanás desempeña las funciones de Morfeo. Los monjes son perezosos en el trabajo: es que el diablo les impide trabajar. Comen hasta sentir náuseas: obra

(1) PEZ, *Thes.*, t. I, 2, p. 379, 412, 413, 420.

(2) *IBID.*, p. 403, 404, 435, 375.

de los espíritus malignos. Se alegran los días de fiesta: ¡ilusión! el demonio es quien los embriaga. ¿Serán las *revelaciones* del abad *Schoental* una sátira del monaquismo? Hay graves autoridades que no nos permiten insistir sobre esta duda. *Carlos Visch*, en su *Biblioteca del Cister*, dice que la obra de *Richalme* es « indispensable á los filósofos, á los teólogos y á los ascetas. » Las mismas palabras repite el ilustre *Caramuel. Pez*, que ha publicado las *Revelaciones* del abad, confiesa que *no todas son oráculos*; pero añade que « las almas piadosas experimentan diariamente los artificios del diablo » (1). El sabio benedictino tiene razón: las revelaciones del abad de *Schoental*, aún cuando parezcan alucinaciones de un cerebro desquiciado, no tienen nada de singular para el que conozca un poco la literatura de la Edad Media. Así es que el monje *Cesareo de Heisterbach* consagra todo un libro de su obra *sobre los milagros*, á probar que los demonios influyen en todos los actos de nuestra existencia. Y ¿dónde busca sus pruebas? Empieza por la Sagrada Escritura, y despues refiere una serie de historias tan creíbles como las del Evangelio y las del abad *Richalme* (2). *Pedro el Venerable* refiere sobre los hechos del diablo en Cluni, fábulas más estúpidas, si es posible, que los desvaríos del abad de *Schoental* (3).

No tenemos tampoco el derecho de reirnos de la Edad Media: las creencias supersticiosas de nuestros padres se han perpetuado, porque son de la esencia del cristianismo. *Gerson* combatió muchas supersticiones; á los ojos de los ultramontanos modernos, el ilustre canciller pasaria casi por un hereje; sin embargo, respecto de las tentaciones del diablo está conforme con los frailes más cortos de ingenio: si su lenguaje no tiene ese exquisito perfume de majadería que nos seduce en el abad de *Schoental*, su doctrina es en el fondo la misma: « Hay lucha permanente entre Dios y el diablo, dice; el uno hace todo para nuestro bien, el otro lo convierte en mal; nuestros pensamientos y nuestras acciones están sometidos á la influencia del demonio. » *Gerson* examina las pasio-

(1) PEZ, *Thes.*, t. I, Prólogo, p. 72.

(2) CÆSAR, HEISTERBACHENSIS, *de Miraculis*, lib. v.

(3) PETER VENERABILIS, *de Miraculis*, I, 12 y sig. (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 1095.)